

La caridad relacional

El fruto del Espíritu - Gál 5, 16-25

- 16 *Digo, pues: Anden en el Espíritu, y así jamás satisfarán los malos deseos de la carne.*
17 *Porque la carne desea lo que es contrario al Espíritu, y el Espíritu lo que es contrario a la carne. Ambos se oponen mutuamente, para que no hagan lo que quisieran.*
18 *Pero si son guiados por el Espíritu, no están bajo la ley.*
19 *Ahora bien, las obras de la carne son evidentes. Estas son: fornicación, impureza, desenfreno,*
20 *idolatría, hechicería, enemistades, pleitos, celos, ira, contiendas, disensiones, partidismos,*
21 *envidia, borracheras, orgías y cosas semejantes a éstas, de las cuales los advierto, como ya lo*
 hice antes, que los que hacen tales cosas no heredarán el reino de Dios.
22 *Pero el fruto del Espíritu es: amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe,*
23 *mansedumbre y dominio propio. Contra tales cosas no hay ley,*
24 *porque los que son de Cristo Jesús han crucificado la carne con sus pasiones y deseos.*
25 *Ahora que vivimos en el Espíritu, andemos en el Espíritu.*

El “fruto”

San Pablo habla de fruto al singular y no de “frutos”, porque fundamentalmente se trata de una única actitud que se expresa en numerosos comportamientos.

San Pablo en este mismo pasaje de la Escritura contraponen el fruto del Espíritu a las “obras de la carne”. Su razonamiento es sencillo: la persona que actúa por sí sola, sin referencia a Dios produce “obras” pero éstas están marcadas por ser “de la carne”, es decir, por su característica de limitación, de imposibilidad de despegarse de un nivel terrenal; son típicas de la condición humana, decaída y pecadora. Al contrario, el fruto del Espíritu eleva las obras a un nivel espiritual: potencia las actitudes naturales, imprime una dinámica nueva.

Además el término “fruto” nos dice algo maravilloso, casi inesperado. Cuando vemos los árboles en el invierno nos parece imposible que después puedan producir hojas, flores y frutos; por eso se habla tal vez de “milagro de la naturaleza”. Por fin, el fruto habla de maduración desde la flor, al fruto verde, al fruto maduro.

Es la misma dinámica de nuestra vida, cuando la vivimos bajo el influjo del Espíritu: producimos frutos que ni siquiera nosotros podríamos imaginar.

La idea de fruto nos habla también de algo gustoso, agradable, nutritivo, refrescante, sabroso y también hermoso a la vista. Pienso que esta imagen fue escogida no por casualidad por San Pablo, para indicar esta nota de afabilidad.

Una caridad “relacional”

Este fruto único, con muchas facetas, como un caleidoscopio, se refiere al mundo de las relaciones interpersonales. Como decir que hay una caridad que se expresa en las relaciones. Podríamos hacer mucho bien, pero la presencia del Espíritu confiere a nuestro actuar, a nuestro bien, esta nota de placer en las relaciones.

De los nueve aspectos del único fruto, quiero detenerme sólo sobre algunos.

Amor y mansedumbre

San Pablo habla de amor como cordialidad. Existe una bondad severa, exigente, que deja poco lugar al mundo de los afectos. Aquí se habla de un tipo de amor que se expresa con gestos y palabras caracterizados por cordialidad y benevolencia.

El comportamiento de Cristo, exceptuados raros momentos y situaciones caracterizados por intervenciones un poco rudos (con los fariseos, con los vendedores del templo, hacia algunos discípulos que no entendían su perspectiva), parece significativo. Él acoge a todos con cordialidad: pobre gente que sufre, personas marginadas, individuos que han tomado decisiones equivocadas y sienten la urgencia de mirarse hacia adentro, niños, mujeres, extranjeros. También en sus palabras, su actitud debía ser acogedora y benévola: a la gente le gustaba estar con Él, escucharlo y seguirlo. Las fatigas de los largos caminos a pie, las incomodidades por la comida y el alojamiento pasan a segundo plano.

Muchos pasajes evangélicos hacen transparentarse la sinceridad de las relaciones humanas de Jesús, su simpatía, la delicadeza, ternura y amor con las cuales se acercaba a las personas heridas por la vida. Su comportamiento natural, unido al respeto y calor humano, conquistaba a la gente.

San Pablo nos recomienda en la Carta a los Filipenses (cap. 2): “Tengan en ustedes los mismos sentimientos de Cristo Jesús”. La cordialidad y benevolencia se manifiestan, en nosotros discípulos de Cristo, ante todo en nuestro modo de comunicar. La imagen que brota del versículo de la Carta a los Gálatas es la de personas “afables” es decir, de personas listas para intercambiar palabras y mensajes.

Los contrastes y los conflictos nunca faltan: entenderse y ponerse de acuerdo es siempre difícil; éste casi siempre es el punto de llegada y no de partida.

Parece que existe un atajo para perseguir el objetivo del acuerdo: el uso de la fuerza. Puede tratarse de la fuerza física (la violencia), o intelectual (el razonamiento tajante que obliga a decir que sí, que tienes razón), o emocional (la manipulación de los sentimientos, el chantaje afectivo), la fuerza del poder o de los puestos de responsabilidad o del dinero. El resultado es siempre el mismo: nos imponemos para mandar al otro.

Cristo se presenta, a este propósito, con actitudes diametralmente opuestas: respetuoso de la libertad y dignidad del interlocutor. El episodio de las tentaciones es emblemático: es decir, el rechazo de todo instrumento para manipular la conciencia ajena (el poder económico, el poder de la magia, la utilización de la religión para objetivos materiales y terrenales).

Hay algunas actitudes y comportamientos que deben caracterizar a los creyentes:

- El disgusto frente a toda forma de discordia (hay quienes encuentran un placer especial en las discordias, en comentarlas, en añadir detalles, en murmurar).
- La capacidad de no obstinarse en las discusiones sobre asuntos marginales o en detalles;
- La moderación de los ímpetus de rabia, de los desahogos no controlados, de las manifestaciones desproporcionadas;
- Una cierta tolerancia del mal del cual somos víctimas y que nos provoca sentimientos de enojo y deseo de venganza;
- La atención para coger los elementos positivos presentes en la personalidad del interlocutor.

La mansedumbre, sin embargo, no debe ser confundida con debilidad y con una actitud de rendición. Esta es fuerza, fuerza para resistir frente al mal, a las provocaciones, a las injusticias. Es fuerza para no reaccionar provocando un sufrimiento mayor y una mayor injusticia.

La indignación frente el mal y la injusticia es obligatoria moralmente, pero no puede manifestarse con acciones violentas: “No dejarte vencer por el mal, sino vence el mal con el bien” (Rom 12,21).

Icono de mansedumbre, Cristo nos propone el método: respeto de todos, dominio de las propias emociones y comportamientos, atención a promover los elementos “sanos” de la personalidad del interlocutor, utilización de la razón y apelación a la libertad (“Si quieres...”).

Mansos pero... firmes. Jesús en el palacio del sumo sacerdote no renuncia a expresar, al soldado que le había dado una bofetada, su reclamación que pretende suscitar, provocar una reflexión crítica sobre su acción: “Si he hablado mal, declara lo que está mal; pero si he hablado bien, ¿por qué me pegas?”.

Pablo, cuando escribe a los cristianos, ciertamente tiene frente a sus ojos su experiencia de vida. Él ha experimentado la mansedumbre de Dios y de hombre violento y acostumbrado a métodos coercitivos se convierte – yo pienso con mucho trabajo y sufrimiento – en el apóstol de la libertad del cristiano y de su conciencia. Él siempre repudiará los métodos violentos.

Afabilidad, bondad

Son palabras afines. También podrían traducirse como amabilidad, suavidad, benignidad. Palabras que se usan en griego para calificar el vino añejo, el yugo suave, es decir, que no roza, no irrita, no hace llaga; expresan el carácter de la persona agradable en todo. Jesús mismo queda definido con esas palabras en su venida al mundo: “Cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador y su amor a los hombres, Él nos salvó, no por obras de justicia que hubiéramos hecho nosotros, sino según su misericordia, por medio del baño de regeneración y de renovación del Espíritu Santo, que Él derramó sobre nosotros con largueza por medio de Jesucristo nuestro Salvador” (Tito 3, 4-6). Es la bondad de Dios la que se hace visible en Jesús. “Su bondad para con nosotros en Cristo Jesús” (Efesios 2, 7).

No se trata sólo de hacer el bien, sino de hacerlo con delicadeza, con cariño, con suavidad, con tacto. Hacer lo que hay que hacer y decir lo que hay que decir, pero hacerlo y decirlo con gentileza, con consideración, con educación. A veces parece que el hecho de saber que tenemos razón nos hace ser bruscos e intransigentes, como si el poseer la verdad nos diera derecho a ser impertinentes con los que, en opinión nuestra, no la poseen. «Lleven a cabo la verdad con caridad» (Efesios 4, 15).

Hay que actuar siempre con respeto total a las personas, y ese respeto se traduce en el lenguaje, el tono de voz, los modales, la deferencia. La verdad sin caridad pierde su credibilidad y su atractivo. El Espíritu que habita en nosotros es quien nos enseña a combinar la firmeza con el tacto, a mantenernos firmes en nuestras convicciones y a sostenerlas.

Docilidad, bondad, sensibilidad: aspectos todos de ese toque suave, esa brisa ligera, ese calor humano que trae consigo la presencia del Espíritu en el fondo del alma.

Especialmente entre los adolescentes se usa un lenguaje muy brusco, tal vez ofensivo, grosero, que humilla a las “víctimas”; también algunas ironías o algunos chistes de mal gusto pueden herir. Algunas de las señales de madurez, de crecimiento, de llegar a ser adultos se manifiestan en un lenguaje más atento, más respetuoso, más delicado. No tengamos miedo: se puede ser, sin duda alguna, hombres y mujeres, sin acentuar y exhibir en el vocabulario las características fuertes de la sexualidad. No tenemos necesidad de mostrar nada a nadie. El lenguaje respetuoso, delicado; la escucha atenta, sin juicios y sin groserías puede ser la demostración de una personalidad madura, segura y libre. Un lenguaje grosero o vulgar manifiesta mucha inseguridad. Si se trata de una etapa en el camino del crecimiento de los adolescentes, puede ser comprensible; sin embargo se debe superar para mostrar madurez.

La templanza

Pablo completa su visión del fruto del Espíritu con un último aspecto: la templanza o dominio de sí mismo. El no dejarse arrastrar por las pasiones, por la indolencia, sino ser dueño de sí mismo en cualquier circunstancia; no dejarse llevar por excesos.

El discurso acerca del dominio de sí mismo, el control de las pasiones, suena a algo desentonado a los oídos de la cultura contemporánea. Ésta se hace paladín de la libertad humana, de la espontaneidad en la expresión de uno mismo. Por eso el discurso cristiano sobre el dominio de sí mismo debe ser propuesto de manera correcta, mostrando los valores y el atractivo.

El dominio de sí mismo es señal de madurez e integración de las dimensiones de la personalidad humana. Manifiesta fuerza de carácter y firmeza de voluntad.

Tiene algo como una nota de competencia deportiva. Como para los atletas se requiere el entrenamiento: “¿No saben que en las carreras del estadio todos corren, pero uno solo recibe el premio? Corran de manera que lo consigan. Los atletas se privan de todo; y eso por una corona corruptible; nosotros, en cambio, por una incorruptible” (1 Co 9, 24-25).

El dominio de sí mismo implica la capacidad de renuncia, pero es una renuncia voluntaria, de cara a un bien que nos atrae con fuerza.

Caridad relacional: ésta es la tarea. No somos salvajes, sino personas que promueven la dignidad del prójimo, a través del lenguaje y de un trato amable. Santo Tomás decía que es una obligación de justicia no obligar a nadie a vivir con gente desagradable: es una exigencia de justicia ante que de caridad.